

4 – El antiguo puerto de Ostia Antica; en los Castelli Romani visitando: Castel Gandolfo y Rocca di Papa; en el mar Tirreno visitando: Terracina, Sperlonga, la gruta de Tiberio y Gaeta; en la ruta de los Apeninos: Montecassino, Alatri, Anagni y Villa Adriana en el Tivoli.

OSTIA ANTICA



Conducía, con un calor que empezaba a apretar demasiado, por la conocida Vía del Mare que es la arteria que conecta Roma con el litoral. Cuando llegué a los restos del antiguo puerto imperial... el calor era tal que las llamas del cielo parecían hacer arder el país.

En este lugar se encontraba uno de los centros comerciales más influyentes y esplendorosos de Roma y el contemplarlo suponía gozar de una visión inolvidable de unas ruinas de gran magnitud que por sí solas eran capaces de provocar una ensoñación que evocaba los milenios pretéritos.

Me sentía subyugado ya en la primera perspectiva. Al mirar a mí alrededor tuve la embriagadora sensación de inmensidad. Los relieves de piedra y ladrillo se extendían por todo el lugar bajo un cielo grandioso. Las mil posibles combinaciones del ladrillo daban al conjunto un movimiento, una gracia y un color inconfundible y los muros de ladrillos desnudos, despojados de sus estucos, parecían siluetas desoladas recortadas bajo el cielo azul. Restos que parecían querer esconder ese cierto rubor de desamparo escondiéndose en un entorno agradable circundado por impresionantes arboledas de pinos con graciosas formas.

Mientras callejeaba, me encontraba particularmente emocionado, como hacía mucho que no recordaba, me detenía constantemente a admirar y tocar alguna piedra, capiteles o columnas. Deslizaba los dedos acariciando los ladrillos como si quisiera impregnarme del espíritu de su historia.

Caminaba a través de aquel increíble dédalo de austeros muros de ladrillo rojo y unas amplias vistas seductoras, hermosas y arcaicas que me invitaban a retroceder veinte siglos en la imaginación y dar vida a esté escenario que me ayudaba a comprender la importancia que tuvo esta ciudad y su puerto.





Esta ciudad fue construida en un primer momento como una ciudadela fortificada para defender Roma de posibles ataques navales, ya que estaba situada en la boca del Río Tíber, como se puede constatar aún a día de hoy observando la disposición urbanística de las ruinas.

Tras el siglo II a.C., cuando Roma ya había conseguido la supremacía sobre todo el Mediterráneo, la función militar de Ostia disminuyó y la ciudad, nacida en la desembocadura del Tíber (Ostia deriva del latín ostium, puerta), llevaba a cabo un incesante y valioso intercambio fluvial con Roma.

El siglo I fue una época de crecimiento: se construyó un teatro, templos, un acueducto, una basílica, comercios. Había un intenso movimiento y muchas familias de ricos mercaderes construyeron sus casas en las afueras de Ostia.

En el periodo de su máximo esplendor llegó a tener 100.000 habitantes y tras la segunda mitad del siglo III la ciudad empezó su declive a raíz del progresivo alejamiento de la costa y del enarenamiento del Tíber que ya no era navegable. Una profunda crisis llevó a la disminución del tráfico y del comercio con el consiguiente abandono de parte de la población. También la naturaleza castigó a Ostia: entre el 238 y 346 sufrió dos terremotos y un tsunami.







Mientras tanto el emperador Claudio había mandado construir un poco más al norte otro sitio portuario, llamado a propósito Portus, que daba directamente al mar Tirreno.

Tras el siglo IV d.c. hubo una recuperación económica de la ciudad tanto desde el punto de vista económico como de las viviendas. Todas las actividades comerciales y administrativas se habían trasladado definitivamente al Puerto de Trajano, otro nuevo puerto que el emperador hizo construir en una posición aún más retirada respecto al Puerto de Claudio. Este puerto artificial de forma hexagonal servía para garantizar una mayor protección frente a tormentas e incursiones enemigas y Ostia se benefició desde el punto de vista comercial por su cercanía.

Hubo una aparente recuperación pero Ostia ya no era el puerto principal de Roma en el Mediterráneo, lugar que ocupó la cercana Portus. La zona a lo largo del Tíber había sido abandonada y la mayoría de las casas se encontraban en los suburbios.

En el siglo V dejó de funcionar el acueducto de Ostia y la ciudad se empobreció cada vez más y fue prácticamente abandonada. Muchas zonas se inundaron convirtiéndose en pantanos y otras quedaron sepultadas por el limo y arena.







Con la caída del imperio y los constantes ataques de piratas árabes, con el declive del comercio y una epidemia de malaria que arrasó la ciudad, Ostia fue totalmente abandonada y cayó en el olvido hasta el punto que quedó sepultada bajo la arena. Entre los siglos IX y XIV lo que quedaba a la vista fue prácticamente saqueado, se usaron mármoles y estatuas de Ostia para decorar las nuevas catedrales que se levantaban en Pisa, Florencia y otras ciudades. De este modo la ciudad se convirtió en un lugar fantasmagórico abocado al olvido y permaneció enterrada bajo la arena durante varios siglos. Gracias a esto su estado de conservación es relativamente bueno, aunque no tanto como Pompeya o Herculano, donde el proceso de desaparición de la población fue muchísimo más rápido.

Para comprender la grandeza de Roma hay que pasear entre los restos de lo que, durante la edad imperial, fue un importantísimo centro comercial de la capital. Y admirar todo el esplendor alcanzado por esta ciudad y comprender la vida social y cultural de la época.

Después de atravesar el antiguo cementerio la calzada principal “Decumanus Maximus”, pavimentada con grandes losas, atraviesa la ciudad mientras que a ambos lados los pórticos de los edificios mostraban los restos de los negocios que un día acogieron. Un conjunto de ruinas que resultaba ser muy interesante de tabernas, tiendas, almacenes, teatro y viviendas.







Todo era un lugar tranquilo en medio de la naturaleza rodeada de flores y vegetación bajo un cielo profundo y un calor sofocante que me conducía hacia una densa red de calles, plazas y barrios. En la Vía dei Vigili aparecía un edificio con un bello mosaico y en las termas de Neptuno un conjunto de magníficos mosaicos seguido del cuartel de bomberos.

En la Via della Fontana, que como su nombre indica tiene una fuente pública, llegué a la taberna de Fortunato en cuyo suelo hay una inscripción en latín que recomienda “bebe de la crátera tanto vino como quieras”. En el lugar también había un enorme almacén y varias tiendas.

El teatro, atribuido a Agrippa, tiene una capacidad de 4000 plazas y aun hoy se usa para actividades culturales. Este lugar era especialmente evocador de la vida de la ciudad y destacaban tres bellas máscaras procedentes del escenario. Detrás del teatro se hallaba la Piazzale delle Corporazioni, un lugar de magníficas construcciones de despachos comerciales, unos 70 representantes del comercio mundial. Las inscripciones y emblemas del pavimento de mosaico informaban sobre los oficios y las regiones de origen de los mercaderes.







El recorrido se extendía por la Via dei Molini con más almacenes y la Casa de Diana que era una interesante muestra de cómo eran las viviendas del lugar. En la planta baja estaban los almacenes y las tiendas y en las superiores las viviendas. En el Thermopolium era una tienda con mostrador de mármol y pinturas murales que representaban las frutas que se vendían.

En el Foro estaba el Capitolio que era el mayor templo de Ostia y en las Terme dei Sette Sapienti se conservaban bellos mosaicos y pinturas. En algunas de las viviendas colindantes también aparecían restos de pinturas.

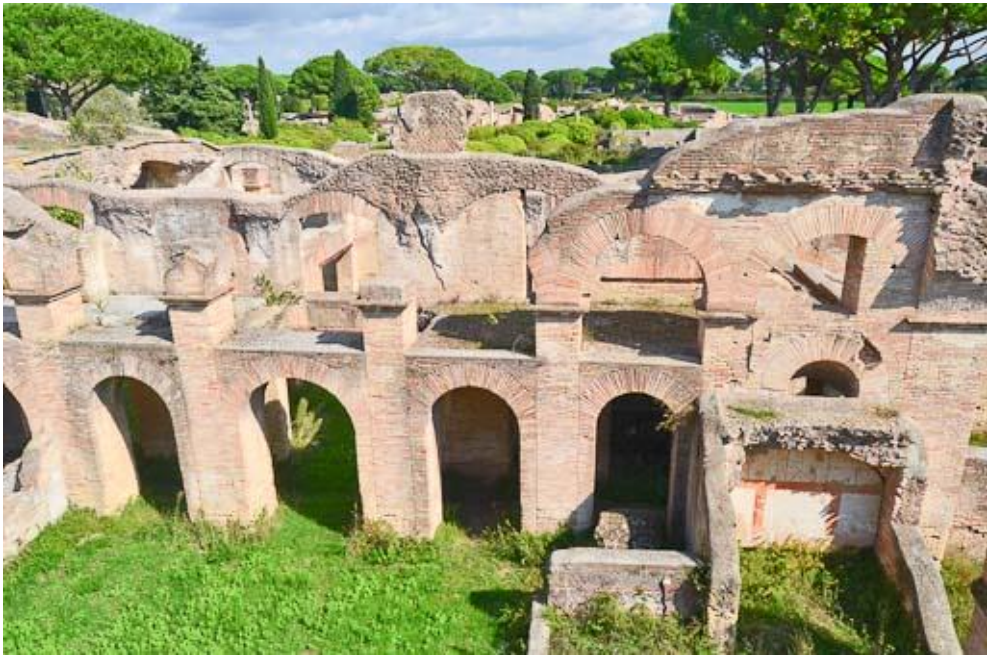
Pero no desvelare todos los secretos de este magnífico lugar... permitiré al viajero dejarse transportar por la magia de las calles de esta ciudad portuaria y soñar con el clamor que un día tuvieron sus comercios, teatros, termas, foro y viviendas e imaginar la vida hace miles de años con sus habitantes y comerciantes haciendo tratos, los carros llenos de mercancías yendo y viniendo por estas calzadas. Y descubrir donde se encontraba lo que parecía ¿un Lauburu vasco?

Edificios en excelentes condiciones, unas ruinas maravillosas que enamoran y que puedes disfrutar en calma, por tu cuenta y en un entorno relajante. Encontrar un lugar evocador donde hacer un pequeño picnic, recuperar fuerzas y continuar ya que la visita te puede llevar medio día.









CASTEL GANDOLFO



Los paisajes desfilaban, los suaves valles sucedían a los campos, las montañas cobraban vigor. Subía por una tranquila carretera rodeada de bosques que me llevó a un área de autocaravanas próxima al pueblo. Subiendo a pie y tras pasar un arco de repente me quede boquiabierto por su belleza y tranquilidad un lugar de ensueño y lleno de luz enclavado en una cornisa por encima de un acantilado vertical. Suspendida en el tiempo y el espacio.

Encantadora, un pequeño pueblecito italiano perdido en el tiempo con una sola pero amplia plaza, la Piazza della Libertà, que continuaba en la calle principal, el corso della Repubblica con comercios, restaurantes y hospedajes. Castel Gandolfo se alzaba sobre el cráter del volcán como una escultura perpetua en el tiempo. Las vistas hacia el mismo así como desde él mismo eran de locura.





Desde el punto de vista paisajístico, esta población era uno de los lugares más pintorescos y curiosos que puedan visitarse. Se asentaba en el borde de un cráter volcánico y dominaba a esta altura, con una vista inigualable, la naturaleza de los montes Albanos custodiados por lagos volcánicos y la sensación que arrojaba era la de estar más cerca del cielo que de la tierra. Bastaba con quedarse en silencio y mirar desde las alturas el espejo del agua del majestuoso lago Albano que aparecía debajo. Una imagen que enamoraba y un espacio en el cual se respiraba serenidad y el frescor de las montañas.

Las vistas panorámicas de los valles y de pueblos vecinos rodeados de bosques, cultivos y viñas eran unas de las bellezas naturales más sorprendente que podía imaginar. En resumen, paisajes por descubrir y para admirar por su inusual belleza.

Una callejuela conducía a un mirador con bonitas vistas del lago Albano de color azul celeste. Me quedé observando el hermoso lago, casi circular, de cráter volcánico. No es de grandes dimensiones pero es el más profundo de Italia con 170 metros.

El ambiente que se respiraba era relajante y placentero, rodeado de naturaleza, zonas balnearias y otras libres para tumbarse y descansar en sus aguas limpias, cristalinas y cálidas.

De hecho este paraíso atrajo a las familias patricias romanas que pasaban el verano en las frescas colinas de los Castelli Romani, lejos del calor de la ciudad. Emperadores como Marco Aurelio, Pompeyo y Domiciano construyeron grandes villas palaciegas. Los Pontífices de la iglesia se alinearon con estos y construyeron su residencia de verano en Castel Gandolfo, la espléndida villa Barberini. La residencia de los papas se elevó sobre los restos de una de las más famosas villas de la antigüedad, la Albanum Domitiani, la residencia del emperador Domiciano 81-96 d.c. La villa pontificia se levanta sobre la parte central de la residencia imperial, ubicada en la vertiente occidental de la colina en posición dominante hacia el mar Tirreno.





Al fondo de la Piazza della Libertà destaca una de las fachadas del palacio Papal. La residencia Papal es un edificio del s.XVII diseñado por Maderno para el papa Urbano VIII. Barberini lo trasformo para Pío XI y Alessandro VII incorporo las murallas exteriores, la iglesia de S.Tommaso da Villanova y la fuente de la plaza, todas obras de Bernini. Clemente XI escogió el lugar como residencia fija, Clemente XIII, Clemente XIV y Pio VII engrandecieron el proyecto. De Pio XI, Pio XII, Giovanni XXIII, Paolo VI y Giovanni Paolo II a menudo y no solo en verano, trascurrían largas temporadas en Castel Gandolfo.

Desde el balcón de la fachada principal del Palacio el papa Benedicto XVI hizo su última aparición pública y dio su último discurso como pontífice, a la gente congregada en la plaza, antes de su renuncia. Permaneció un tiempo como residencia del Papa emérito hasta su retiro a un monasterio. En el verano del 2016 el Papa Francisco abandonó este palacio como residencia e incluyéndose en los monumentos del Vaticano, hoy se pueden visitar sus jardines, el antiguo palacio de Domiciano, las estancias privadas del Papa, su biblioteca y el observatorio del Vaticano con un telescopio. Yo estuve antes.





Las sombras se fueron alargando y los últimos rayos de sol desaparecieron por poniente. De noche, en la Piazza della Libertà, me senté en un banco de piedra que aún conservaba el calor del día a leer un libro. La novela era “los asesinos del emperador” de la trilogía de Trajano de Santiago Posteguillo y casualmente el capítulo que leía narraba la llegada de Trajano a este lugar a participar en un espectáculo de gladiadores efectuado por Domiciano.

El cielo era puro y estaba repleto de estrellas y el silencio sólo era roto por el sonido de las gotas al caer en la cercana fuente de Bernini, y a esta altitud, se respiraba bien sin el sofoco del valle bajo. A la mañana siguiente el sol se elevó naranja, el cielo estaba límpido, de un azul absoluto y el sol picaba la piel. Después de un último paseo por el pueblo y con el espíritu pletórico de lo que son valores eternos y trascendentales dejé Castel Gandolfo dirección a Rocca di Papa.





ROCCA DI PAPA



La ruta, que franqueaba el borde del cráter del lago Albano, me ofrecía una magnífica vista de este lugar. Allí abajo el lago relucía como un zafiro al sol y me seducía con bajar y visitar los numerosos monumentos y obras de ingeniería que dejaron los antiguos romanos, descansar en sus playas... Los Castelli Romani se caracterizan por sus sorprendentes paisajes naturales, con bosques y lagos volcánicos y su rico patrimonio cultural de pueblos históricos y magníficas villas. Pero el programa del recorrido me obligaba, no sin cierto estrés, a continuar el viaje.

Rocca di Papa se desperezaba, aparatosa e imposible, recostada sobre la ladera del monte Cavo como un ramillete de colores que me explotaba en la cara. En sus laderas rocosas se adherían las antiguas casas colgando de la montaña y sus fachadas de vivos colores brillando bajo el cielo azul.





Me adentré en el laberinto de estrechas calles siguiendo la antigua ruta de la Vía Sacra que desde la Piazza di Vittorio, serpenteante y pavimentada, se extiende entre rampas y escaleras sinuosas hasta el pico del Monte Cavo.

Sus calles eran una galería al aire libre de murales, pintados por artistas locales, que adornaban el casco medieval. Allí había colores por todas partes, en el suelo, en las paredes. Aparecían pintados por la aldea obras antiguas o modernas, paisajes o composiciones abstractas y siempre acompañados de colores de las ropas tendidas y los olores tradicionales de un pueblo italiano.

Un lugar sublime... pero agotador, muy curioso y sugestivo por sus panoramas. Al llegar a lo alto descubrí una vista impresionante que me hizo olvidar el esfuerzo de la subida. Desde esta altura gozaba de una espléndida vista del impresionante panorama que ofrecían los valles y el parque natural de los Castelli Romani.

La resplandeciente Roma aparecía en el horizonte rodeada de un halo de luz naranja, el lago Albano y el lejano brillo del mar Tirreno.







TERRACINA



La carretera salía de las montañas a través de un valle que corría recto a un mar que era una mancha azul en la distancia. El paisaje era más suave y sosegado, quizás también más monótono, el aire era sofocante y el viento cálido se colaba por la ventanilla abierta. El mar Tirreno apareció como una joya resplandeciente del más puro cristal azul, la superficie del mar se hallaba en calma y el aire estaba cargado con el olor del océano.

La población moderna se estiraba agradablemente al borde de una estrecha llanura a orillas del mar. Una tierra que en tiempos fue mar y que bañaba el puerto romano que se encontraba al pie de la antigua ciudad de Terracina. La ciudad, que ya en época romana, era una elegante localidad de veraneo llamada entonces Anxur que comunicaba, a través de la vía Appia, con Capua. Hoy todas estas tierras son un lugar de veraneo con un paseo marítimo de 6 km con sus instalaciones balnearias y una larga costa que lleva hasta el golfo de Gaeta.





Estacioné en la parte baja. Desde el paseo partían las callejuelas a la sombra que subían a la ciudad histórica cruzando bocacalles con soportales y unas envejecidas y nobles fachadas que me evocaban al pasado. Conservaba restos de las murallas romanas o medievales y de sus puertas y abundaban en la villa casas muy antiguas, torres, calles abovedadas con enormes arcadas.

La antigua ciudad se concentraba en una colina con vistas al mar y protegida por una sólida muralla de distintas épocas (las últimas bizantinas) que incluyen restos romanos como el Foro Emiliano y medievales como la Catedral de San Cesareo, el Palacio Venditti el castillo de Frangipane y una serie de calles que forman un tejido donde, al esquema original romano - medieval, se ha ido añadiendo una red de pequeñas tiendas, restaurantes y bodegas.

Tenían algo memorable, intemporal, vagaba entre recuerdos inmortales en un lugar que en tiempos fue un territorio espectacular y lleno de belleza, pero ahora aparecía aciago y desamparado; ruinas, tejados y entorno ofrecían una atractiva imagen. Del antiguo foro romano no quedaban más que algunas columnas y trozos de pared. Pero su perfil le confería aun cierta sensación imponente. Observaba la típica estratificación arquitectónica que pasaba por arquitecturas romanas a medievales y en época más reciente, construcciones de la era fascista, creando una fascinante variedad de arquitectura diferente.





En el Corso de Garibaldi aparecían las ruinas del Templo Capitolino que fue descubierto cuando se desescombraba los restos causados por los bombardeos aliados en la segunda guerra mundial. Las piedras, dispersas por doquier, pertenecían a la célebre vía Appia, la primera vía pavimentada construida en el 312 a.C. También se observaban las murallas conocidas como "sillane" (o de "Sila") construidas por orden del cónsul Sila.

El Duomo se levanta en la bonita Piazza del Municipio que conserva las antiguas losas originales del fórum de Emilius, centro de la vida de la antigua población romana. El Duomo fue edificado en el s.XII sobre un templo romano y tenía un notable pórtico a seis columnas que precedía a la escalinata. Su fachada poseía influencias de Oriente y el campanario apuntaba al azul del cielo.

Impresionaba el contraste entre la estrechez del entramado urbano y la amplísima plaza que conservaba una distribución preciosa. Los restos romanos de un arco y del teatro aparecían incluidos en edificios medievales constituyendo una fantástica revelación y una delicia su exploración rodeada de una paz y un silencio extraordinario.





Desde el ayuntamiento tenía unas vistas panorámicas de la llanura costera, de la que destacaba el promontorio de Circeo, antiguamente una isla.

La mitología dice que Terracina era el lugar donde vivía la maga Circe y el lugar donde Ulises llegó en su viaje a Itaca. Homero narra que Ulises subió a la Acrópolis de Terracina para mirar el paisaje circundante observando el contorno de la isla Eea, lo que hoy es el promontorio Circeo.

El recorrido continuaba por callejones estrechos medievales, ruinas romanas y estrechas escaleras que conducían, bajo arcos, a calles cada vez más pequeñas. Estaba fascinado por el paisaje impresionante y la historia que se respiraba en casi todos los rincones... y la tranquilidad, el silencio total por la imposibilidad del acceso de los vehículos y la falta de turismo. El sol era tan resplandeciente que encerraba a los habitantes en el interior de sus viviendas.





SPERLONGA Y LA GRUTA DE TIBERIO



Conducía hacia el sur, siguiendo la hermosa línea de la costa, a mi derecha un mar limpio y en calma reflejaba la luz del cielo en mil matices diversos.

El calor era impresionante y el sol quemaba la piel a través del parabrisas, la calima distorsionaba la visión y la tierra desprendía bocanadas de calor. En el horizonte apareció aquella bella silueta posada entre el cielo y el mar, la ciudad de Sperlonga, que poseía una serena y cautivadora panorámica de impresionante belleza.

Ya fuera del vehículo una ráfaga de calor seco me envolvió en un abrazo sofocante, ya que el asfalto había acumulado el calor de todo el día, convirtiendo el lugar en un horno. La centelleante blancura que devoraba la villa, casi cegadora, que emitían las encaladas paredes de la población. El intenso azul del mar contrastaba con la blancura de los edificios.





Hasta tal punto costaba mantener los ojos abiertos que al pasar entre las paredes blanqueadas a cada lado de las calles estrechas, al cerrar los ojos, motas de luces recorrían el interior de mis parpados. Las calles estaban desiertas, el sol y el calor retenía a la gente en sus casas.

La ciudad ha conservado intacto su núcleo original de sabor típicamente mediterráneo con sus edificios blancos, un laberinto diminutas calles estrechas, sinuosas y adoquinadas que se cruzan con pequeñas plazas y pendientes o escaleras en las que se vislumbran al final el verdadero mar azul.

La vista de las montañas se extendía a ambos lados y buscando algo de viento ascendí a las colinas. El calor era el mismo, infernal, pero la vista era impresionante por su ubicación en un promontorio rocoso que se adentraba en el mar y a ambos lados se vislumbraban perfectamente los magníficos arcos de sus playas de arena dorada que enmarcaban un mar turquesa y cristalino.

Sperlonga tuvo un periodo de esplendor durante la edad romana llegando a ser uno de los sitios veraniegos más concurridos por la aristocracia y la nobleza atraídos por la belleza del lugar y su clima templado.





Se levantaron suntuosas villas y sobre una de estas lujosas residencias el emperador Tiberio ordenó la construcción de su propia residencia imperial, que aprovechó además la existencia de una gran cueva para ampliar las estancias de su palacio de verano. El sitio arqueológico de esta villa era una de las características de Sperlonga.

La villa fue residencia de verano del emperador Tiberio hasta el 26 d.c. cuando finalmente se trasladó a Capri. Los soberbios restos de la villa dan una idea de lo que podría haber sido en todo su esplendor. Se extienden por más de 300 metros, parte se encuentra oculta por la subida del nivel del agua, y consisten en un patio central alrededor del cual se abrían las zonas del servicio y las residencias de los invitados, también incluida un Spa, las termas y un muelle privado. Pero el punto de mayor interés lo representa la gruta.

Una de las construcciones más sorprendentes de la villa es la Gruta de Tiberio. Se trata de una caverna natural, anexa a la villa, de 33m de profundidad.





En su interior se excavó una gran piscina circular de 21,9m de diámetro decorada con una impresionante escultura de la Escila asaltando el barco de Ulises, situada en el centro del mismo estanque.

Hacia el exterior Tiberio amplió el espacio de la piscina interior con otra de forma rectangular. En el centro de está situó un espacio para el triclinium, destinado a los banquetes del verano, desde donde podía disfrutar de los peces que nadaban alrededor de la piscina y las puestas de sol.

En este lugar el agua era turquesa y limpia y tenía una hermosa vista de una franja de arena dorada. El mar era una vista brillante. Apenas soplabla una ligera brisa que traía el frescor del mar y las olas, que venían a morir a la playa con un susurro quedo, lamian con suavidad la entrada a la gruta. El agua diáfana en cuyo fondo se veían piedras cubiertas limo y en la superficie algas de un vivido color verde flotando y se notaba el aire salobre y el olor del mar. El conjunto conservaba la naturaleza rustica del lugar.

La vista desde el interior de la gruta con el mar, la playa y a la distancia Sperlonga era especial con el sol alzándose sobre el mar y los olores yodados llegando desde el agua. Había un pequeño museo, luminoso y con unas amplias claraboyas que permitía la entrada de la luz... pero también del calor.





GAETA



En Gaeta estacioné en un parquin en el centro de la ciudad, a la noche sería un lugar silencioso y tranquilo. En seguida partí a disfrutar de las últimas horas de la tarde y en la mochila llevaba mí libro para la lectura de las horas nocturnas. El sol era una bola naranja que lamía el horizonte y hacia fulgurar en un incendio rojo las viviendas encaladas y el ladrillo de los edificios. Unas cuantas gaviotas revoloteaban y del océano llegaba un rumor tibio y tranquilizador, el olor a pescado asaltó mi olfato.

Rodeado por el silencio y la luz esmeralda. El mar con las palmeras agitadas por la brisa y el paseo ante el puerto en el que se balanceaban, entrechocando los cascos, las pintorescas barcas pesqueras con sus graciosos colores, el aire era húmedo y oía de fondo el suave oleaje golpeando contra la escollera.





El sol se ocultó detrás del horizonte y convirtió el gran océano en una lámina de bronce pulido. Estaba despejado e infinitad de estrellas brillaban en el negro cielo que se extendía entre horizonte y los únicos sonidos eran el murmullo del agua y los aparejos de los barcos en el muelle. Algunas luces aparecían en el horizonte, balizas de barcos y algún faro. De vuelta al vehículo ya había oscurecido y en el pueblo solo se percibía el halo dorado de las farolas. La noche fue agradablemente fresca, pero en el momento en el que el sol asomó por encima del horizonte la temperatura subió en el acto. Me despertaba desconcertado, sin saber dónde estaba, y necesitaba tiempo para recordar donde me hallaba. La evocación y la nostalgia de lo visto en el viaje habían hecho mella en mi ánimo.

Gaeta era una ciudad con un centro histórico adorable de calles estrechas, esquinas donde los arcos se abrían de forma inesperada y callejones que combinaban los colores de la naturaleza, del verde al azul de mar cercano, poco iluminados y románticos con construcciones latinas, calles y balcones floridos. Las paredes olían a cal fresca y llegaba un aroma dulzón e intenso a fruta y destellos repentinos del cielo y el mar, que se fundían en uno con las casas de colores mediterráneos que se extendían alineadas a lo largo de la bahía, y las filas apretujadas de barcos de pesca.





Solo se oía el chapoteo de las olas contra la base del atracadero y los gritos ásperos de las gaviotas que revoloteaban entre los barcos, había palmeras frente a las fachadas con un fondo de cielo azul y el aire olía a pescado y a yodo de mar. Al fondo la vista era impresionante, el mar se encontraba rodeado por una ensenada de montañas enlucidas por el cálido sol.

El pueblo, formado por iniciativa de los pescadores, recorría la vía indipendenza llena de tiendas típicas y restaurantes que me llevaba a los puertos de Santa María y Porto Salvo y el muelle de Calegna donde los pescadores faenaban en grandes barcos, rodeados del perfume del mar, de la pintura de las naves y el gasoil. Este lado de la ciudad se caracterizaba por los astilleros y la construcción naval el mercado de pescado y el puerto comercial. Sus comercios se vinculaban al negocio del mar y las fachadas heterogéneas se superponían unas a otras superando el desnivel del terreno, más allá aparecía el castillo Anjou-Aragones sede administrativa oficial, custodiado por los carabinieri. Escaleras trepaban por calles sin remozar dejadas en un natural abandono. El redoble de las olas batiendo a los pies de las paredes rocosas del castillo subía en un suave eco.





En la subida al Monte Orlando los arbustos que flanqueaban el camino estaban repletos de moras y en los campos que se extendían más allá había áridas colinas cubiertas de monte bajo. Hallé un mirador natural que se encontraba en un risco que miraba hacia el castillo. Me tomé un momento para contemplar el mar. Es una visión que nunca me cansa. La majestuosidad, el misterio y vértigo del lejano horizonte bastaba para que cualquiera se sintiese insignificante.

Me había sentado, en mitad de un terreno verde pistacho, contemplando la impresionante vista de la costa y las montañas que era de una belleza divina. Me sentía embargado por la belleza y la riqueza de un lugar concebido para soñar siempre con la vista perdida en el mar. En el inmenso azul de un mediterráneo que se extendía como si fuera una alfombra teñida de añil y descubrir la relación entre la ciudad y el mar, entre paisaje rural y paisaje urbano, entre paisaje costero y paisaje montañoso. Aquí la naturaleza se había expresado en su mejor forma con las laderas de los montes Auruncos que bajaban hacia las colinas interrumpidas por promontorios escarpados que llegaban hasta Gaeta. Todo ello con sus espectaculares ensenadas, calas y panoramas de playas de arena dorada bañadas por un mar límpido.







Gaeta aparece en la historia vinculada a Eneas, el fugitivo de la destrucción de Troya, según el historiador Virgilio una criada del héroe troyano “Cajeta” fue enterrada aquí. Los romanos tenían un importante asentamiento militar y en el monte Orlando se erige un monumento a un general de Julio Cesar muerto en este lugar. La zona fue apreciada por los emperadores romanos y personalidades destacadas construyéndose la Vía Flacca solo para conectar Roma con este complejo vacacional.

Durante el periodo medieval se construyeron murallas donde los ciudadanos encontraron refugio contra las continuas invasiones por mar y por tierra. Gaeta se convirtió en ducado independiente hasta las diferentes dominaciones extranjeras de los normandos, sarracenos, franceses, aragoneses, españoles. El castillo Aragonés - Anjou es un exponente de esta época con una parte construida durante la dominación francesa de los Anjou en el s.XIII y la otra con la construcción de Carlos V.





En el renacimiento Gaeta se anexó al reino de Nápoles y cayó bajo el dominio de los españoles. La larga dominación española en el sur de Italia impulsó la construcción de grandes edificios civiles y religiosos que hoy adornan la ciudad e influenciaron en su lengua ya que el dialecto que se habla en Gaeta es prácticamente napolitano. Muchos Papas se refugiaron en Gaeta por razones políticas, así como príncipes y reyes. Durante la unificación de Italia el último rey Borbón del reino de Nápoles se refugió en este lugar y tras su derrota militar se rindió al ejército de Garibaldi.

Mientras contemplaba la espléndida línea de la costa en este bello mar Tirreno sentía que había viajado demasiado lejos, me encontraba a solo 80 km de Nápoles, y alguna de las montañas distantes sería el Vesubio.

Era tiempo de volver a subir por la “bota”, Roma me esperaba como última etapa y la intención de pasar unos días visitándola me aceleraba la visita a poblaciones como Gaeta. La ruta, que llevaría ahora, sería por el interior siguiendo las estribaciones de los Apeninos.



MONTECASSINO



Conducía, disfrutando del relajante placer de circular lentamente, por las estrechas y tranquilas carreteras descubriendo los ondulados paisajes de la campiña. En la población de Cassino la carretera subía sensiblemente y la vista de los montes, valles y páramos era espléndida, un mar de tierra cuarteado en campos y cultivos donde brillaban pequeños núcleos de población.

Superando la fuerte pendiente con cerradas curvas llegué a una zona de amplios párquines donde despuntaba el edificio de recia piedra, luminosa y amplio. Montecassino. Desde los 500 metros de altura disfrutaba de una vista espectacular, a mis pies yacía un tapiz irregular de campos de cultivo iluminado por un cielo soleado. A mi alrededor había un silencio tranquilo reconfortante ya que todavía no era la hora de visitas y el lugar se encontraba desierto. Paseando por el lugar, buscando diferentes perspectivas del enorme complejo abacial, caminaba entre cipreses viejos detenidos a ambos lados de caminos enlosados.





El monasterio fue fundado en el 529 por Benito de Nursia, san Benito, y se convirtió así en el origen de los benedictinos. La abadía fue saqueada y destruida varias veces, en el 589 por los lombardos que martirizaron a sus ochenta monjes. Fue reconstruida en el 717 por Bresciano Petronace, segundo fundador de la abadía, iniciándose un periodo de gran esplendor. Llegan monjes de toda Europa que difunden posteriormente la regla de San Benito a sus países de origen. En el 747 lo visita Carlomagno que le confiere grandes privilegios. En el año 883 los sarracenos invaden el monasterio, lo saquean e incendian. Solo hacia la mitad del siglo X la vida monástica renacerá plenamente. Se suceden grandes abades, algunos llegaron al ser papas, que elevan a Montecassino a niveles de gran prestigio eclesiástico y político y destinado a convertirse en uno de los máximos centros de irradiación cultural del mundo occidental. Durante el mandato del abad Desiderio (posteriormente Papa con el nombre de Víctor III) enriquecerá el monasterio con códigos, mosaicos, esmaltes y tesoros litúrgicos. Los monjes practicaron la medicina, la astronomía, el derecho, las ciencias filosóficas y tradujeron las obras antiguas del latín y el griego. En el 1349 ocurre la tercera destrucción a causa de un terremoto, destruido casi por completo, solo quedaron unos cuantos muros.





Se volvió a edificar, embellecer y enriquecer en sucesivas etapas que darán al monasterio la grandeza y la monumentalidad legada... hasta el 15 de febrero de 1944 cuando este lugar de riqueza histórica, convertido también en asilo de civiles, fue bombardeado por espacio de tres horas y reducido a un cúmulo de ruinas bajo las cuales encontraron la muerte 200 civiles. Soldados alemanes ninguno, ya que habían negociado con el abad la neutralidad del monasterio.

La abadía, tal como la veía, era una perfecta reconstrucción de su originaria estructura después de la destrucción total. Obras que duraron 10 años y financiadas exclusivamente por el gobierno italiano. Algunas piedras, capiteles o estatuas, dañadas por la metralla, fueron incorporados a la nueva edificación. Según los planos originales renacieron sus patios, claustros, salas y edificios, los estucos y pinturas fueron realizadas por artistas contemporáneos y sus reliquias o tesoros sacros retornaron al monasterio. Consagrada en 1964 por el papa Pablo VI, aun con su imponente aspecto, no reflejaba lo que llegó a ser. Su reconstrucción resultaba un tanto fría y carente de la pátina del tiempo o del arcaísmo de las obras milenarias. No me gustaba.



El 15 de febrero de 1944 1150 toneladas de bombas fueron lanzadas sobre la abadía

Con la iniciativa del Reino Unido y del hiperactivo Winston Churchill, los Aliados lanzaron a partir de 1943 una operación en Italia cuyo objetivo era aliviar el frente oriental, donde los soviéticos estaban en dificultades. La Alianza, aunque sólida, no era una comunidad donde los intereses coincidían a la perfección; Italia es para los estadounidenses una operación secundaria, ya que toda su atención estaba centrada en la preparación del desembarco de Normandía.



Una conducta alemana irreproachable

Protegida contra Roma, la zona de Montecassino reviste una gran importancia estratégica. Los alemanes lo sabían bien, pero decidieron no ocupar la abadía, ya que tenían buenas relaciones con el abad-obispo monseñor Diamare.

El 3 de septiembre de 1943, los Aliados desembarcaron al sur de Italia y el teniente coronel Schlegel, de la *Wehrmacht*, mientras trabajaba con los mapas de Italia, se dio cuenta de inmediato de que Montecassino sería el objeto de los combates. Dudando de la moderación de los aliados, se reunió rápidamente con el abad y terminó por convencerle de que la abadía estaba en peligro. El abad-obispo, tras comprender por fin la situación, aceptó comenzar con la evacuación de los tesoros, osamentas y obras de arte.

Un ejercicio de este calibre precisó de 120 camiones. Schlegel se encontraba en una situación difícil a todas vistas. Su mando incluso envió investigadores para comprender por qué Schlegel utilizaba tantos medios de transporte mientras que, más al sur, los combates se sucedían y, por el lado de la Alianza, una intensa campaña afirmaba que la división Goering y los alemanes estaban saqueando Montecassino.

La realidad es que todos los tesoros fueron enviados a la Santa Sede y que ni uno solo de los camiones alemanes fue bombardeado, a pesar de las tentativas aliadas. Schlegel, previsor, había ordenado espaciar los camiones al menos 300 metros para evitar grandes pérdidas.

La palabra de los actores

Los temores de Schlegel resultaron exactos: el general de división Francis Taker abogó por destruir el monasterio, ya que podría servir de punto fuerte al enemigo. El 11 de febrero de 1944, el general inglés Harry Kenneth ordenó la destrucción de la abadía. El 15 de febrero de 1944, aviones 142 B-17, 47 B-25 y 46 B-26 descargaron 1150 toneladas de bombas incendiarias.

Sin embargo, una mala coordinación con las tropas de tierra concedió suficiente tiempo a los alemanes como para apoderarse de las ruinas. Habrá que esperar hasta el 18 de mayo de 1944 para que las tropas polacas logren recuperar el lugar.

El general alemán von Senger und Etterlin escribió al respecto: “El bombardeo tuvo el efecto contrario al esperado. Después pudimos ocupar tranquilamente la abadía, sobre todo porque las ruinas se prestan mejor a la defensa que los edificios. Durante la guerra, hay que derribar los edificios que se desean defender. De este modo, los alemanes obtuvieron un punto de apoyo dominante, poderoso y que resultó ser muy valioso en todos los combates posteriores”.

El general americano Clark, por su lado, escribe: “Yo era una de las personas al cargo y fui yo quien dirigió las operaciones de Cassino. Por entonces afirmé que no había nada que demostrara que el enemigo utilizaba la abadía con fines militares. Todavía mantengo mi postura, y ahora tenemos pruebas certeras de que ningún soldado alemán, a excepción de emisarios, penetró nunca en el interior del monasterio con otra intención que no fuera atender a los enfermos o visitar el lugar. [...] El bombardeo de la abadía fue no solo una falta psicológica perjudicial para nuestra propaganda, sino también una falta táctica de las más graves. Simplemente hizo que nuestra tarea fuera más difícil, más costosa en hombres y materiales y nos hizo perder el tiempo”.

¿De quién fue la orden?

Durante años se ha debatido sobre la responsabilidad última de que un edificio tan significativo fuese reducido a ruinas. Tanto Roosevelt (quien afirmó haberse enterado por los periódicos) como Churchill hicieron descansar la decisión en el alto mando militar, considerada un “crimen de guerra” por los alemanes, un “trágico error” por los norteamericanos y una “necesidad militar” por los británicos.

Éstos alegaban que había soldados germanos dentro y que habían convertido Montecassino en una fortaleza. El Vaticano, por su parte, había asegurado a los contendientes la neutralidad del monasterio. Precisamente contando con ella habían refugiado allí a doscientos civiles que murieron bajo las bombas. Datos recogidos por el investigador Tasciotti en archivos ingleses, estadounidenses, italianos y alemanes, además de las entrevistas realizadas a los monjes que estaban allí demuestran que los aliados mintieron. “Poderosos y hasta ahora inéditos indicios documentales”, afirma Tasciotti, sugieren que Churchill no podía no saber. Es más, el premier británico intercambió con los generales Alexander y Freyberg al menos diez telegramas sobre el frente de Cassino y sobre la actividad de las tropas neozelandesas que mandaba este último, gran partidario del bombardeo.

El testimonio del Abad

Los aliados alegaron siempre que había soldados alemanes en el interior. Y ése era el punto sobre el que el Papa Pío XII, negociaba intensamente a tres bandas (Berlín, Washington, Londres) para salvaguardar el monumento, mayor interés tenía en conocer la verdad. Y la supo cuando llegó a Roma el abad Diamare: No había tropas alemanas en Montecassino.



ALATRI



La carretera me llevaba entre los ondulados paisajes del monte Ernici, una cordillera que hace de frontera natural entre el Lazio y los Abruzzos, rodeado de un horizonte de rasos cultivos. Llegué a Alatri una tarde dominada por el azul vívido del cielo y el sol abrasador en lo alto. La pesadez y quietud del aire dominaba la campiña y un manto de olivos se deslizaba por toda la ladera.

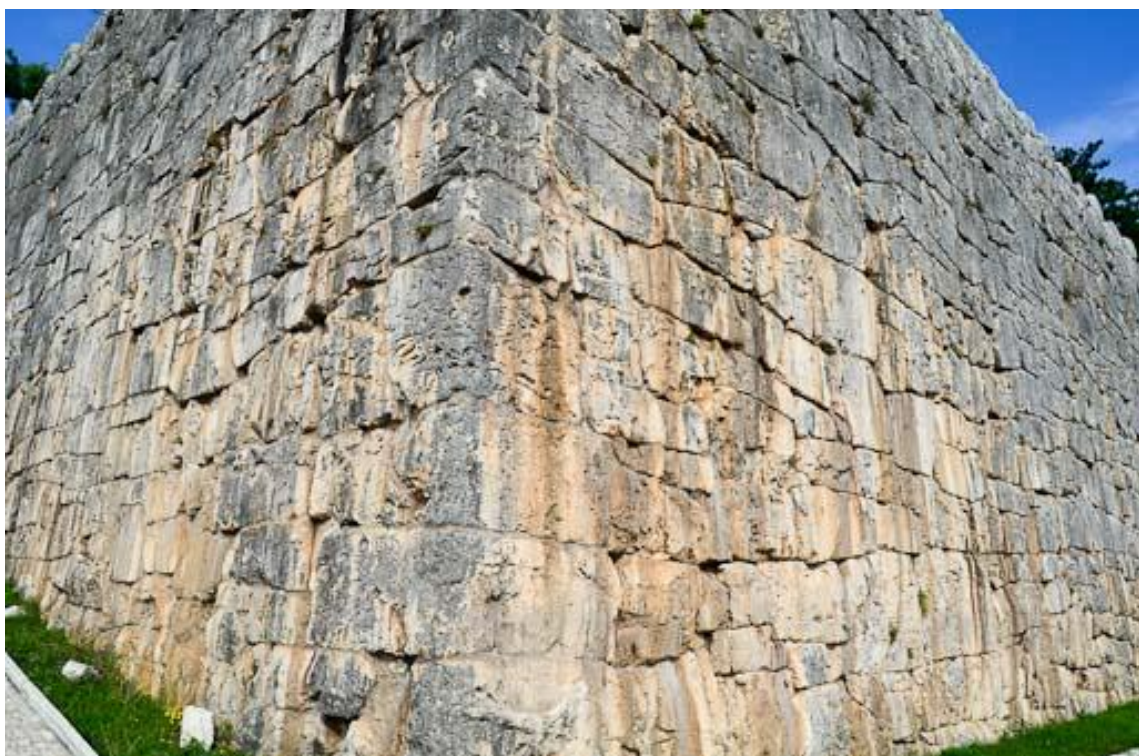
Las calles se adentraban en un denso entramado urbano de antiguas casas apretujadas, los callejones y plazas mostraban la frescura de una localidad dinámica donde se vivía un trasiego cotidiano, quizás perdido en otros pueblos, pequeños Fiat se metían por callejuelas que parecían imposibles. Descubría pequeñas plazas con iglesias escondidas, entrañables espacios verdes con huertos y frutas, agradables tiendas de artesanos de hierro o cobre, mimbre o madera.





La población aparecía dominada, desde lo alto, por una construcción de muros megalíticos construida antes de la Antigua Roma, entre la historia y la leyenda, en la época de los cíclopes. Subiendo a lo alto de la Acrópolis aparecían majestuosos muros de contención formados por rocas gigantes poligonales, los muros ciclópeos.

La construcción ciclópea prerromana es el monumento más antiguo, único en Italia y célebre de la ciudad. Los orígenes de Alatri están vinculados a la población de Ernici, un antiguo pueblo itálico, al que se le atribuye la construcción alrededor del s.VII a.c. de la Acrópolis y las murallas megalíticas que rodean el centro de la ciudad. Su audaz construcción se caracteriza por poderosas paredes poligonales que encierran una gran área elevada ubicada en el centro de la ciudad.





Debido a su posición dominante y la inaccesibilidad del lugar la Acrópolis, con un perímetro de unos 2 km, actuó de espacio sagrado y de guarnición defensiva, volviéndose alternativamente la sede de los antiguos ritos religiosos y el último refugio de la población. Sorprendía la imponente mampostería por el tamaño y lo imponente de los muros ciclópeos de enormes rocas que combinaban perfectamente sin uso de cal o morteros. El dintel de la Porta Maggiore tiene un tamaño de 5 metros por 4 y con un peso estimado de 27 toneladas es el segundo en tamaño de Europa. Una obra todavía hoy en estudio y llena de misterio por lo que se desconoce de esta antigua civilización.

El sol iba bajando en el cielo y el calor ya no apretaba tanto. La parte superior de la Acrópolis estaba ocupada por entrañables espacios verdes y numerosas avenidas donde dar largos paseos disfrutando de una vista espectacular sobre el valle y las colinas circundantes. La vista sobre los apretados tejados rojizos con la última luz de la tarde resultaba relajante y encantadora. El sol poniente extendía sus pinturas doradas sobre los tejados de los edificios que mostraban un conjunto, a la vez, caótico y armonioso.

Al amanecer del día siguiente todo había cambiado y un manto de niebla cubría la ciudad y la región, hice un último paseo por Alatri, pero su imagen aparecía triste y melancólica. Marché hacia Anagni.



ANAGNI



La pequeña población de Anagni se hallaba situada en la cima de una colina dominando la llanura. A mi llegada una neblina, producida por el calor, reinaba en el ambiente velando el sol. Anagni me pareció uno de los burgos italianos más bellos y característicos he invitaba a retroceder 10 siglos en la imaginación y dar vida a este escenario.

Desde el solitario parquin varias calles se adentraban en el denso entramado urbano, acogedor e intimista, de sabor italiano y típicamente medieval con calles de sabor añejo y de viejos soportales, palacios y viejas casas apretujadas en pequeños callejones de gran desnivel.

Anagni me pareció una joya urbanística, una ciudad monumental donde competían lo medieval y lo renacentista, y cuyo casco histórico parecía perfectamente conservado pero que parecía guardar en sus oscuras fachadas el barniz de épocas en las que iluminaban las calles con antorchas o aceites.





Esta pequeña población era un lugar lleno de historia, ciudad de Papas, salpicada de iglesias y la hermosa plaza de Inocencio III donde se hallaba la catedral. Recorría el tejido de la ciudad entre callejones, plazas e iglesias disfrutando de un ambiente de tranquilidad y silencio encantador, sin tráfico ni turistas.

Había algunas antiguas tiendas y comercios de oficios tradicionales y al cruzar el amplio arco de entrada del atrio, del palacio del Papa Bonifacio, era penetrar en una recogida galería de atmosfera totalmente medieval. Alrededor de amplias plazas aparecían casas de arcaico sabor, bellas en cada rincón, en cada detalle de puertas o ventanas.

Anagni tiene una historia muy antigua con sus raíces en la mitología griega y romana. Los romanos creían que Anagni había sido creada por el dios Saturno y pronto se convirtió en una ciudad romana. Anagni fue la residencia de verano del emperador Marcus Aurelius, su hijo Comodo (el de la película Gladiator), Lucio Septimo y Caracalla.





Anagni fue centro de la vida política internacional de la Edad Media y con razón fue llamada la "Ciudad de los Papas" no sólo por ser el lugar de nacimiento de cuatro grandes papas: Inocencio III, Gregorio IX, Alejandro IV y Bonifacio VIII, fue también la residencia oficial de los Papas que encontraron en Anagni un refugio seguro y un lugar digno de su mandato. Este hecho marco también los numerosos acontecimientos históricos que tuvieron lugar en esta pequeña población de la Ciociaria.

Papa Inocencio III, (Anagni 1160-Perugia 1216). Asumió la oficina papal en 1198. Restauró el poder papal en Roma y los Estados Pontificios. Promovió la Cuarta Cruzada en 1202 que, en lugar de desembarcar en la costa asiática, recurrió a la rica presa del Imperio bizantino y en lugar de conquistar Jerusalén conquistó Constantinopla y se detuvo allí. Inflexible con los movimientos heréticos luchó en Francia contra los valdenses, los cátaros contra quienes promovió una cruel cruzada. En 1215 convocó al IV Concilio de Letrán en Roma, que condenó el Catarismo.





Gregorio IX (Anagni 1170-Roma 1241) Elegido en 1227 fue el Papa de Francisco de Asís y contribuyó a la edición definitiva de la regla de los franciscanos y de las Clarisas. Canonizó a San Francisco de Asís, San Antonio y a Santo Domingo. Excomulgó al emperador Federico II Barbaroja y en 1232 estableció el tribunal de la inquisición y lo confió a los dominicos.

Alejandro IV (Anagni – Viterbo 1261) Excomulgó al emperador Manfredo en 1259, protegió a los franciscanos y canonizó a Santa Clara de Asís (fundadora de las Clarisas)

Bonifacio VIII (Anagni 1235 – Roma 1303) Elegido Papa en 1294 fue un partidario intransigente de la primacía espiritual y terrenal de los papas. Entró en conflicto con el rey de Francia Felipe IV y antes de lograr excomulgarlo fue arrestado por Guillermo de Nogaret, enviado del rey Felipe (Guillermo de Nogaret y Felipe IV fueron los que disolvieron la orden de los Templarios). Durante su arresto fue abofeteado por el acompañante de Nogaret, Giacomo Sciarra Colonna, este hecho ha pasado a la historia con el nombre de la “bofetada de Anagni”.







VILLA ADRIANA



Esté fue otro lugar donde me recordó otra de mis lecturas de juventud, “Memorias de Adriano” de Marguerite Yourcenar. El Tivoli, la antigua Tibur, había sido uno de los lugares predilectos para las residencias veraniegas de los patricios. La nobleza romana bullía en los hermosos parajes de los montes tiburtinos y entre las cascadas del río Anieno. A mí llegada la villa Adriana aparecía dominando Roma y, encaramada sobre una ladera de la colina del Tivoli, ofrecía unas preciosas vistas panorámicas de la campiña romana.

Adriano, emperador ente 117-138, se hizo construir una magnífica residencia campestre que se convertiría en la mayor de todas las residencias imperiales. Este poderoso complejo aparecía como una multitud de edificios yuxtapuestos, ordenados de las más diversas formas, en medio de un dilatado paisaje de grandes extensiones de jardines, estanques y arboledas. Campos de denso césped verde bajo el cielo azul y unas ruinas evocadoras y románticas que eran mucho más que un lugar atípico que quedo inmerso en el tiempo. Eran evocación, ambiente y realidad de un ambiente placido que resultaba sobrecogedor.





De su pasada grandeza la villa aún conservaba los ciclópeos muros arquitectónicos dispuestos a desafiar los futuros siglos. Al traspasar la muralla me encontré en un terreno llano surcado por las aguas de un enorme estanque al que rodeaban arboledas y sotos que alegraban la vista, un paisaje romántico y pintoresco, donde podía ver el implacable cielo azul reflejarse en las aguas del pequeño lago. Como si su función fuera de darles la bienvenida a los visitantes.

Me maravillaba ante las columnas, que se elevaban por todos lados, dando la impresión de que se trataran de inmensos pórticos elevados hacia el cielo, y cuyos arcos truncados adquirirían un tono rojizo bajo la luz del sol. Se extendían hasta perderse de vista innumerables paredes de ladrillo rojo que jugueteaba con bandas claras en formas caprichosas. En él imperaba la desmesura y donde las sombras de techos altos y abovedados se arrastraban trémulas por los suelos de losas o mosaicos.

Como sumida por un espejismo que todo lo cubría todo el lugar daba a grandes espacios verdes agradables donde el agua, que manaba de fuentes situadas entre conjuntos monumentales, fluía por canales dispuestos entre esculturas, columnillas y galerías iluminadas por un sol resplandeciente.





Era un lugar ideal para disfrutar de la vista, dar largos paseos y disfrutar de las bellas y románticas arquitecturas donde el ladrillo y la naturaleza adquirirían colores maravillosos. Bastaba un poco de imaginación para reconstruir este magnífico monumento de la antigüedad romana en perfecta armonía con la naturaleza. En esta apacible combinación de piedra y vegetación... en este marco en plena campiña la estética de estas ruinas obtenía aún más valor. Pasear por este lugar era una delicia ya que al paraje circundante se le sumaba la tranquilidad y el silencio, sin multitudes turísticas quizás más influidas en la visita a Roma.

El emperador Adriano, al contrario de su antecesor Trajano, renunció a la expansión del imperio abandonando las conquistas de Trajano en la Dacia o en Persia y replegó las legiones a sus anteriores cuarteles fronterizos. Una economía que estaba basada en la ampliación de sus territorios y consecuentemente la creación de nuevas rutas comerciales o el expolio conseguido en las guerras y el flujo de nuevos esclavos colapsó en una profunda crisis económica.





Mientras esto sucedía en la capital del imperio Adriano, romano nacido en la bética al igual que Trajano, era un entusiasta de los viajes, la arquitectura, amante de Homero y de la cultura helénica y la filosofía. De hecho se le conoció como el emperador itinerante. Para poder ausentarse durante largos periodos de Roma tuvo que otorgar poder a los senadores, así ellos gobernaban mientras él estaba fuera. Recorrer su vasto imperio, que llegaba a Oriente y ocupaba parte del continente Europeo y el Norte de África, le permitía conocer diferentes tendencias arquitectónicas y aquí plasmó sus deseos escultóricos.

Esté era un espacio romántico como pocos que esconde una gran historia de amor, no sabemos si del todo correspondida. Un rincón donde la persona con más poder sobre la faz de la tierra vino a llorar su pérdida, a hundirse en la nostalgia, a mantener viva la imagen de su amado efebo mientras dirigía un gran imperio.

En uno de sus múltiples viajes Adriano conoce a Antinoo, un esclavo adolescente que inmediatamente convierte en su amante. Antinoo muere durante una travesía por el Nilo y esto sume al emperador en una profunda tristeza. Dicen que Adriano ya nunca volvió a ser el mismo. Honrar la memoria de Antinoo se transformó en una obsesión para el emperador que convirtió al joven efebo en dios y a quien todos estaban obligados a venerar.





La Villa Adriana de Tívoli fue construida como residencia imperial a partir del 117 a.C., Edificada en las cercanías de la capital, en los Montes Tiburtinos, a unos 28 km de Roma, era accesible tanto desde la vía Tiburtina como desde la vía Prenestina, así como por vía fluvial a través del río Aniene. La zona elegida era rica de agua y por ella pasaban cuatro de los antiguos acueductos que abastecían Roma. En el entorno se encuentra el nacimiento del manantial de agua sulfúrea de Acque Albule (hoy en día son los Baños de Tívoli), conocida y sumamente apreciada por el emperador.

Se trataba de una "pequeña ciudad" que ocupaba un espacio de 120 hectareas. Hoy sólo se conocen y visitan 40, y entre biblioteca, gimnasio, termas, jardines, palacio, mercado y demás, la componían unos 30 edificios que imitaban diferentes estilos arquitectónicos griegos y egipcios. Construcciones que se conectaban en la superficie pero también bajo tierra a través de una serie de galerías y pasos subterráneos. El hecho de que aquí el clima sea muy fresco en verano fue decisivo pero sin duda resultó determinante que en Tívoli estuviesen, todavía lo están, las canteras de mármol travertino, materia prima con la que el emperador moldeó su capricho.





La villa está formada por una serie de edificios estrechamente vinculados entre sí, cada uno de los cuales tenía una función bien precisa: el edificio con tres exedras, el ninfeo estadio y el edificio con el estanque de peces a los cuales se unen el patio porticado (quadriportico), las pequeñas termas, el vestíbulo y el pretori.

En la villa se pueden admirar **el Pecile**, un enorme jardín rodeado de un pórtico con una piscina central cuya única función, se cree, era proporcionar al emperador un espacio para el paseo de la duración exacta que recomendaban los médicos: dos millas romanas, aproximadamente tres kilómetros. Dicha medida se alcanzaba después de dar al perímetro portificado del Pecile siete vueltas completas. El Pecile, cerrado al exterior por un muro de nueve metros de altura, ofrecía al emperador un ambiente de quietud y tranquilidad: el espacio porticado estaba protegido de la lluvia y del calor, mientras el interior lo ocupaba un área verde y una amplia piscina que hacía las veces de espejo de agua.

El Canopo, un largo curso de agua adornado con columnas y estatuas que culmina en un templo cubierto con una cúpula. El Canopo era el canal que enlazaba, en el delta del Nilo, la ciudad homónima con Alejandría. Adriano construyó su propio canal flanqueado por elegantes pórticos sostenidos por Silenos y Cariátides. Probablemente fue el lugar de celebraciones nocturnas de cenas y banquetes. En el Canopo el agua caía desde las alturas hasta el canal, creando efectos espectaculares.





Las ruinas de dos espacios termales: **las Termas Grandes** reservadas al personal de la villa, presentaban un sistema de calefacción que discurrían por debajo del pavimento en una imponente sala circular habilitada como sudatio. Y las **Termas Pequeñas**, estas últimas dotadas de un frigidarium al aire libre y de una sala redonda con cúpula de cajetones en la que se abrían cinco grandes ventanas. Decorados con preciosos estucos, estos edificios venían dedicados a la familia imperial y a sus huéspedes.

Entre los lugares relativamente bien conservados de la villa destacaban la academia, el estadio, el palacio imperial, la Sala de los filósofos, el Teatro griego y la Plaza de oro, una majestuosa estructura que desarrollaba funciones de representación e incluía un vasto peristilo enriquecido con finísimos estucos.

El espléndido **Teatro Marítimo** es una especie de isla con una columnata jónica, rodeado por un canal. En realidad era un lugar de retiro para el emperador, una casa dentro de la casa que es la Villa que responde a una necesidad de aislamiento no sólo física sino conceptual, algo no del todo desconocido en las residencias imperiales. Con su pequeño puente levadizo, el emperador podría entrar en el círculo interior y allí, en un ambiente tranquilo y refrescado por el agua, disponer de todo lo que una villa romana de *otium* podía ofrecer: atrio, patio, pórtico para pasear, *tablinum*, *cubicola*, una pequeña instalación termal e incluso letrinas.





Fue saqueada por los barbaros y se perdió en el olvido. En el s.XVI el cardenal Ippolito II d'Este emprendía la construcción de un villa esplendorosa en el Tivoli. El arquitecto Pierro Ligorio, que mientras trazaba planos, organizó una campaña de excavaciones en una cercana villa romana, abandonada y en ruinas. Desde el siglo anterior se la identificaba como el lugar de residencia del emperador Adriano, pocos la habían visitado y nadie se hacía idea de su contenido.

Lo que Ligorio encontró fueron unos restos de un tamaño y distinción sorprendente: había allí no sólo mármoles, estatuas y mosaicos, sino edificios nunca vistos, imaginativas fuentes y ninfeos que acabaron sirviendo de inspiración y recuperación de objetos y mármoles con los que decorar la fantástica, creativa y acuática Villa d'Este

Lo malo fue que las excavaciones de Ligorio desencadenaron un proceso de rapiña que se extendió durante más de tres siglos, dejando la Villa sin decoración, casi totalmente desprovista de materiales y recubrimientos. Sólo a finales del siglo XIX Villa Adriana fue, en parte, adquirida por el Reino de Italia e iniciaron los trabajos de restauración que duran hasta hoy.















